

# Globethics Repository



## Una distinción importante [An important distinction]

This page was generated automatically upon download from the Globethics Repository. More information on Globethics see <https://www.globethics.net>. Data and content policy of Globethics Repository see <https://repository.globethics.net/pages/policy>.

|               |                                                                                                   |
|---------------|---------------------------------------------------------------------------------------------------|
| Item Type     | Article                                                                                           |
| Authors       | Maldonado, Carlos Eduardo                                                                         |
| Publisher     | Universidad El Bosque                                                                             |
| Rights        | Creative Commons Copyright (CC 2.5)                                                               |
| Download date | 2026-07-13 08:31:28                                                                               |
| Link to Item  | <a href="http://hdl.handle.net/20.500.12424/215459">http://hdl.handle.net/20.500.12424/215459</a> |

## UNA DISTINCIÓN IMPORTANTE

**E**s preciso resaltar una distinción importante, no solamente desde el punto de vista filosófico, sino, más particularmente, como un modo de comprender las formas de investigación. Se trata de la diferencia entre pensar y conocer. A propósito de esta distinción veremos una diferencia adicional posteriormente.

Lo común que tienen los animales y el ser humano es el conocer. Conocer es lo más básico que puede hacer un organismo vivo. Con razón, diversos científicos han puesto de relieve la naturaleza biológica del conocimiento, asimilando, por lo demás, el conocimiento a la vieja metáfora introducida ya por Descartes a comienzos de la Modernidad, acerca del árbol del conocimiento. Mejor aún, lo común que tienen, por tanto, los animales y los seres humanos es el emocionar. No es sorprendente, entonces, que se haya redescubierto, recientemente, la inteligencia emocional.

El conocimiento se refiere a un entorno determinado –medio ambiente- con todo y el reconocimiento del carácter esencialmente abierto del concepto de medio ambiente. Así, el conocimiento obedece tanto a la biología de cada organismo, como a las relaciones que tiene con su entorno inmediato y al horizonte (in)mediato de

éste. Por ello mismo, el conocimiento se refiere a productos, a entes, a individuos, a datos o a hechos.

Por el contrario, uno de los rasgos distintivos de los seres humanos frente a los animales consiste en su capacidad para pensar. El pensar se refiere a problemas, a preocupaciones, a enigmas o a preguntas – cuatro maneras diferentes de mencionar un mismo horizonte de temas. En otras palabras, mientras que el conocimiento está jalonado por respuestas y por la búsqueda y el hallazgo de éstas, el pensar consiste en la apertura a los horizontes ulteriores de las respuestas, esto es hacia los problemas y los enigmas.

De esta suerte, el pensar revela, en realidad, una distinción adicional. Se trata de la capacidad para imaginar, para fantasear, o incluso, desde otra perspectiva, para visualizar *irrealidades*. *Pensar* es, en verdad, un acto –o proceso, para el caso da igual-, consistente en la capacidad para imaginar *posibilidades*.

Puntualmente dicho, el pensar existe en, y se mueve a través de, *experimentos mentales*. La expresión alemana es la de *Gedankenexperiment*, y la traducción al inglés es la de *thought experiments*. Este es el verdadero medio (*medium*) de la investigación: a saber, se trata de la capacidad para imaginar (= ¡ver!) cosas que ni la tradición ni los contemporáneos han podido vislumbrar. Esta capacidad de imaginar o de fantasear no es otra cosa que la realización en pensamiento de diversos experimentos, por ejemplo en la forma del: “Y si...”, o del “¿Y por qué no...?”, o del “Y qué sucedería

si...”, o del “Supongamos que...”, y otros semejantes, desplegándolos en el mayor espacio de fases posible.

Investigar equivale, por tanto, a cuestionar el universo de lo obvio, de lo que *va de suyo*. La expresión “lo que va de suyo” no es ciertamente muy castiza en castellano, pero sí lo es en otros idiomas, por ejemplo en el inglés: se trata de lo que *is taked for granted*, o en otras palabras, de aquello que pertenece al mundo de lo atávico, y que nadie, por cualquier razón, problematiza o convierte en tema de reflexión.

Pues bien, la investigación consiste en el proceso mismo mediante el cual somos capaces de formularnos preguntas, problemas que nadie, ni nuestros antepasados ni nuestros contemporáneos se habían formulado. Esto quiere decir, investigar es el modo contemporáneo para decir: *pensar*, en el sentido al mismo tiempo más excelso y sólido de la palabra, de tal suerte que, implícitamente, lo que se quiere afirmar es que quien verdaderamente piensa, investiga.

Así, se hace claro que el proceso de investigación requiere en su base, *de entrada*, no tanto de una capacidad técnica –por ejemplo, dominio bibliográfico, pericia tecnológica, información y actualización de datos, y otros-, cuanto que, además y principalmente, la *capacidad para imaginar*. Pero la imaginación tiene entonces aquí el significado no tanto de la imaginación asociativa, sino, fundamentalmente, de la imaginación creativa (o imaginación productiva). De hecho, es la capacidad para fantasear, para *soñar* en el

mejor y más prístino de los sentidos, lo que se constituye como el auténtico motor de la investigación, y con ello, en el verdadero soporte de los investigadores. Mucho se habla y se enseña acerca de metodologías de investigación, así como de técnicas de investigación, pero nunca o prácticamente nunca se hace referencia a la fantasía, a la imaginación, al soñar, como a la condición primera de y para la investigación. - Esto se debe a una cierta tradición positivista (= neopositivismo, empirismo lógico, filosofía analítica clásica), que sospecha de la capacidad y la necesidad de soñar, no sin razón, por lo demás, ante el temor de que por ahí se introduzcan los desvelos y las especulaciones de la metafísica, en cualquier sentido que se la quiera tomar. (Con frecuencia se olvida que la especulación tiene un valor heurístico cuando se trata de abordar o de resolver problemas que por otros medios no es posible solucionar de un modo adecuado o satisfactorio).

El mundo lo han hecho y lo hacen no tanto los seres sedentarios -¡también!- cuanto que, principalmente, los nómadas, los viajeros, los exploradores, los inventores, los descubridores. En una palabra, aquellos que o bien han disfrutado o se han atrevido a *ver* las cosas *de otra manera*; esto es, a imaginar y a concebir posibilidades. Una de las condiciones para hacer mundo es, de otra parte, la osadía, el valor. No sin razón señalaba Kant que la Ilustración consiste en el *atreverse a saber* (*sapere aude*), mediante el cual alcanzamos la mayoría de edad, en términos kantianos, esto es, podemos pensar efectivamente por nosotros mismos – sin temores a la autoridad, o de otro tipo.

En contraste, el mundo ha sido posible y se ha conservado especialmente gracias a quienes han sido capaces de darse a la tarea de conocer: organizar, mantener, conservar lo logrado en algún momento. La cultura humana, como se ha señalado numerosas veces, es esencialmente conservadora. Estadísticamente, la mayoría de los seres humanos, por las razones que sean, no se han dado a la tarea de imaginar posibles, de pensar, y ellos son la mayoría. Por el contrario, quienes han gestado revoluciones científicas —en el sentido de T. Kuhn— han sido unos pocos. Pero ellos han puesto en movimiento, por así decirlo, el mundo. Son, al decirlo de Boorstin, los pensadores y los descubridores; a los cuales habría que agregarle los inventores y los exploradores (= hombres de acción). Quienes han investigado, en el sentido primero de la palabra son, efectivamente los inventores, los exploradores, los descubridores y los pensadores. Habría que decir, por lo demás, que las revoluciones científicas no son única ni principalmente revoluciones teóricas, pues, además y mayoritariamente, se encuentran las revoluciones técnicas y tecnológicas. (El defecto de Kuhn consiste, en este punto, en haber resaltado únicamente las revoluciones teóricas).